

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Educación cristiana transformadora» del autor Dr.
Samuel Pagán.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/educacion-cristiana-transformadora>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



EDUCACIÓN CRISTIANA TRANSFORMADORA

DR. SAMUEL PAGÁN

COLABORADORES:

Justo González, Pablo A. Jiménez, Awilda González, Nohemí Pagán, Raúl Zaldívar,
Juan S. Rodríguez, Geritza Olivella Santana, Héctor Ortiz Vidal, Juan R. Mejías Ortiz



CONTENIDO

Agradecimientos	1
Prefacio: <i>Dr. Samuel Pagán</i>	3
Introducción: <i>Dr. Samuel Pagán</i>	7
• Objetivos del libro	7
• Autores y temas	8
1. ¿Qué es la verdadera educación cristiana?	
Dos tesis para considerar	
(<i>Dr. Justo L. González</i>)	13
• Fundamentos teológicos	13
• Primera tesis	14
• Segunda tesis	20
2. La educación cristiana en la iglesia antigua	
(<i>Dr. Justo L. González</i>)	25
• El siglo primero	25
• Los siglos segundo y tercero	29
• A partir del siglo cuarto	34
• Una palabra sobre nuestros días	38
3. La educación en la Biblia	
(<i>Awilda González</i>)	41
• La educación y la Biblia hebrea	41
• El <i>Shemá</i>	43
• El papel de los profetas y reflexiones educativas en los libros proféticos	44

• El papel de la educación en tiempos de restauración	46
• La educación en la literatura sapiencial	47
• La educación y su papel transformador en el Nuevo Testamento	49
• Jesús como maestro	49
• Metodología	51
• La educación en las cartas	53
• Propósitos de la educación	54
• Metodología	55
• Conclusión	56
4. La educación cristiana y los «ángeles que brillan» <i>(Nohemí C. Pagán)</i>	57
• Discapacidades, prejuicios y dolores	57
• Personas con necesidades especiales en la Biblia	61
• Niños con necesidades especiales	63
• La vida para la niñez con necesidades especiales	65
• Cordial bienvenida a la casa de Dios	68
• Ángeles que brillan	71
• Conclusiones	75
5. Educación cristiana y posmodernidad <i>(Pablo A. Jiménez)</i>	79
• Introducción	79
• Vestigios coloniales	80
• Colonialismo y modernidad	81
• Posmodernidad y pandemia	83
• Implicaciones para la educación	85
• Implicaciones para la educación teológica	87

• El impacto en las prácticas educativas.	90
• Conclusión	92
6. Educación para el desarrollo del liderazgo eficaz (Raúl Zaldívar)	95
• Educación y liderazgo	95
• Una filosofía educativa clara	96
• La mentoría como base del desarrollo del liderazgo.	98
• El acortamiento de la brecha generacional en la educación	100
• <i>Influencer</i> de los educandos.	104
• Dejarlos desenvolverse en lo que se prepararon	106
• Consideraciones finales.	107
7. Educación y juventudes (Juan Sebastián Rodríguez)	109
• El evangelio y la juventud	109
• La predicación y la enseñanza.	110
• Educación para toda la comunidad de creyentes.	113
• La <i>didascalia</i> transformacional	116
• Un ejemplo de predicación, educación y servicio.	120
8. Educación para la formación y transformación (Geritza Olivella Santana).	123
• Las redes sociales y los nuevos desafíos	123
• La educación cristiana intergeneracional. . . .	125
• Los avances tecnológicos llegaron para quedarse	126
• Las transformaciones necesarias.	129

• Escuchar	129
• Discernir	131
• Actuar	133
• Llamados a tomar decisiones	135
9. La educación cristiana y la salud integral <i>(Héctor F. Ortiz Vidal)</i>	141
• Educación cristiana	141
• Salud integral	143
• Conclusiones	150
10. Educación cristiana, creatividad y tecnología digital <i>(Juan R. Mejías Ortiz)</i>	151
• El poder de la creatividad y la innovación . . .	151
• La educación cristiana y la tecnología digital	159
• Recursos digitales para fomentar una educación creativa e innovadora	164
• Conclusión	166
Bibliografía	169
Acerca de los Autores.	173

AGRADECIMIENTOS

Tenemos una gran deuda de gratitud con los escritores de esta obra, pues pusieron al servicio de los creyentes y las comunidades de fe una serie de ideas que nos permiten comprender mejor la naturaleza de los desafíos que enfrentamos en la actualidad.

Además, estos autores brindan recomendaciones concretas que posibilitan el crecimiento integral y saludable en individuos, congregaciones y comunidades en general.

Muchas gracias... Justo González, Pablo A. Jiménez, Awilda González, Nohemí Pagán, Raúl Zaldívar, Juan Sebastián Rodríguez, Geritza Olivella Santana, Héctor F. Ortiz Vidal y Juan R. Mejías Ortiz.

PREFACIO

Las reflexiones, los ensayos y las investigaciones que se incluyen en esta obra representan las respuestas a esas nuevas realidades sociales, políticas, religiosas, emocionales y espirituales que deben afrontar las personas que se encargan de la tarea docente de las iglesias.

Los desafíos que enfrenta la educación contemporánea son muchos y complejos. Los esfuerzos pedagógicos se producen en medio de una vorágine de problemas, que van desde los componentes tecnológicos hasta las cuestiones filosóficas referentes a la naturaleza y los objetivos de la tarea docente. Y esas realidades se manifiestan en medio de los diversos niveles de educación cristiana que viven las comunidades de fe en las primeras dos décadas del *siglo XXI*.

Educación cristiana transformadora es un libro que intenta ser pertinente en una sociedad llena de desafíos y que vive en medio de una serie intensa de cambios continuos. Las reflexiones, los ensayos y las investigaciones que se incluyen en esta obra representan las respuestas a esas nuevas realidades sociales, políticas, religiosas, emocionales y espirituales, que deben enfrentar las personas que se encargan de la tarea docente de las iglesias.

Esa nueva realidad es compleja y desafiante, pues llega con fuerza a las iglesias y sus instituciones. Asimismo,

afecta todos los niveles educativos y toca los diversos sectores eclesiásticos, teológicos, familiares, personales, y de edad, género, cultura e idioma. Los cambios acelerados en la tecnología que han llegado con fuerza al mundo educativo, por ejemplo, requiere sosiego y reflexión para optimizar los nuevos esfuerzos pedagógicos que deben incorporar programas virtuales.

Además, con la llegada de la posmodernidad y la incorporación de nuevas generaciones en el liderazgo de las iglesias en general, y en el mundo específico de la educación cristiana, se requiere un acercamiento novel a los programas educativos, si se quiere llegar al objetivo evangélico de «hacer discípulos» hasta «lo último de la tierra».

Para lograr nuestro objetivo, hemos invitado a un equipo especial de teólogos, maestros y ministros, a fin de investigar, reflexionar, escribir y expresar sus recomendaciones. El objetivo es responder a los desafíos contemporáneos y de esa forma actualizar los programas educativos en los diversos niveles programáticos de las congregaciones, denominaciones e instituciones docentes. Quienes escriben en este libro son profesionales en el mundo de las disciplinas eclesiásticas que pueden colaborar de manera positiva en la tarea pedagógica de las comunidades de fe.

La idea de producir este libro nació en medio de una serie de diálogos con varios pastores en Puerto Rico, que intentaban descubrir formas novedales de responder a los desafíos extraordinarios que representan los cambios acelerados que se viven en *siglo XXI*. Las catástrofes nacionales, las crisis políticas, los cambios climáticos, las dificultades ideológicas, las luchas políticas irracionales y los desafíos a la salud pública, así como el desarrollo acelerado de las tecnologías, han creado

ambientes desafiantes y polarizados que complican las tareas docentes. Y esas complejidades, desafían la transmisión eficaz de los valores éticos, morales y espirituales que se desprenden de la lectura de las Sagradas Escrituras y de la fe cristiana.

Este libro de educación, transformación y posmodernidad desea contribuir en lo positivo a los procesos educativos fundamentales, que son necesarios para incentivar la comprensión y afirmación de la revelación divina que propicia el crecimiento en la fe, a la vez que incentiva el vivir una experiencia religiosa saludable y transformadora. Y esos procesos se deben llevar a efecto en medio de una sociedad identificada como posmoderna, con sus presupuestos, desafíos y oportunidades.

Les damos la más cordial de las gratitudes a los autores de los ensayos que se incluyen en este libro, pues representan lo mejor y más selecto del pensamiento cristiano del *siglo XXI*. Estas personas, que están comprometidas con la academia y con la iglesia, ponen de relieve recomendaciones extraordinarias que pueden permitir la transformación y renovación de nuestras instituciones educativas.

Muchas gracias, Justo González, Pablo A. Jiménez, Awilda González, Nohemí Pagán, Raúl Zaldívar, Juan Sebastián Rodríguez, Geritza Olivella Santana, Héctor F. Ortiz Vidal y Juan R. Mejías Ortiz. por sus excelentes contribuciones al mundo de la educación cristiana transformadora. Nuestro agradecimiento cordial también debe llegar a las personas que van a leer esta obra que esperamos que aporte una contribución positiva al mejoramiento y al desarrollo de los programas educativos en los diversos niveles de las comunidades eclesiales, desde las escuelas bíblicas hasta los programas universitarios.

Y, por último, para afirmar que la educación transformadora se fundamenta en la sabiduría, les dejo con el siguiente pasaje bíblico que sirvió de apoyo para las enseñanzas y reflexiones que incluimos en este libro:

Porque el SEÑOR da la sabiduría; conocimiento y ciencia brotan de sus labios. Él reserva su ayuda para la gente íntegra y protege a los de conducta intachable. Él cuida el sendero de los justos y protege el camino de sus fieles. Entonces comprenderás la justicia y el derecho, la equidad y todo buen camino; la sabiduría vendrá a tu corazón, y el conocimiento te endulzará la vida. (Proverbios 2:6-10)

INTRODUCCIÓN

Objetivos del libro

El libro *Educación cristiana transformadora* tiene como objetivo primordial explorar el tema general de la pedagogía desde varias perspectivas por diferentes autores. La finalidad es analizar críticamente el tema de la educación cristiana en una era de cambios drásticos y desafíos formidables. El propósito es explorar formas de presentar programas docentes eficaces y transformadores en los diversos niveles eclesiásticos. Esta obra está pensada y redactada para contribuir de forma positiva en el crecimiento integral de personas involucradas en el ministerio pastoral y educativo de congregaciones, escuelas bíblicas, institutos, seminarios y universidades.

A fin de lograr nuestro objetivo, invitamos a este diálogo a un grupo selecto de académicos, que además de servir en entornos de educación teológica avanzada, son hombres y mujeres involucrados en la vida diaria de diversas congregaciones, en diferentes regiones del continente, y que provienen de variadas denominaciones cristianas. Esa gama amplia de autores le brinda a este libro amplitud en los acercamientos, variedad en los temas específicos que se analizan del mundo educativo, y profundidad en los análisis y las recomendaciones.

Autores y temas

Justo González es uno de los eruditos hispanoamericanos de más prestigio y reconocimiento nacional e internacional. Su disciplina académica y literaria es la historia de la iglesia, pero como está en diálogo continuo con pastores locales y líderes denominacionales, en sus reflexiones y escritos ha explorado el tema de la educación cristiana en la historia de la iglesia. Y en esta ocasión no solo escribe referente a una perspectiva histórica de la educación en las iglesias, sino que pondera los componentes necesarios e indispensables que hacen que la educación sea de veras cristiana.

El tema de la educación en la Biblia lo analiza *Awilda González* con gran habilidad. En su análisis incorpora reflexiones críticas y profundas que se desprenden de su conocimiento de las narraciones y los temas fundamentales que se ponen de manifiesto en las Sagradas Escrituras. A la vez expone varios temas relacionados a la educación en la literatura narrativa, poética, sapiencial y profética, y explora, además, las enseñanzas del *Shemá* y del Nuevo Testamento. Un componente fundamental en su escrito es el análisis que hace de los valores y las enseñanzas que se descubren al estudiar la vida y las acciones de Jesús de Nazaret.

Nohemí C. Pagán trata un tema de vital importancia para la educación en general y la cristiana en particular. Escribe en torno a la necesidad de diseñar e implantar programas educativos eficaces para las comunidades con necesidades especiales. Y de singular importancia es descubrir que, para nuestra autora, esas personas con necesidades especiales que han sido heridas, marginadas y oprimidas a través de la historia, los identifica como «ángeles que brillan», pues son agentes divinos

que les comunican la voluntad de Dios a las sociedades y representan sectores sociales humillados, ofendidos y discriminados por las comunidades.

El capítulo que escribió *Pablo Jiménez* es pertinente y necesario. Explora el importante tema de la posmodernidad y sus implicaciones inmediatas para las tareas docentes en las congregaciones y sus instituciones. Analiza los vestigios coloniales que sirven de base a las teologías modernas, e identifica cómo esas percepciones de la vida y la sociedad afectan las prácticas docentes en las congregaciones.

En este capítulo se identifican formas de responder de manera inteligente a los desafíos que les presenta a las comunidades de fe, los presupuestos y las actitudes relacionadas con la posmodernidad, según se manifiestan en las nuevas generaciones.

Con *Raúl Zaldívar* exploramos también el tema de la educación y el desarrollo del liderazgo eficaz. En ese ensayo se analiza la importancia y la necesidad de preparar líderes que puedan responder con eficiencia a los desafíos extraordinarios que, entre otros sectores, presentan las nuevas generaciones. Su análisis es agudo, pues identifica la tutoría como un estilo pedagógico prioritario en la tarea docente contemporánea. Además, explora las dinámicas que han generado los *influencers*. En efecto, la creación de programas que preparen líderes eficientes, no es un extra optativo para la educación cristiana contemporánea, sino que es un requisito indispensable.

Uno de los capítulos que engalanan este estudio proviene de un ministro joven, un escritor con gran potencial intelectual, y un líder pastoral de las nuevas generaciones. *Juan Sebastián Rodríguez* es pastor en el Centro Mundial de Avivamiento en Bogotá, además de

presidir un colegio ministerial. Y esa fusión ministerial, que une las tareas pastorales, administrativas y académicas, lo ha capacitado para escribir sobre el evangelio de Jesucristo y la juventud, la importancia de la buena predicación y enseñanza, así como de la necesidad de vivir el evangelio, pues las generaciones emergentes no solo aprenden con las palabras, sino con el ejemplo.

Geritza Olivella Santana es otra joven escritora que pone de manifiesto sus dones literarios y teológicos en este libro. En su ensayo, se preocupa por destacar la importancia del contexto en el diseño y ejecución de los programas educativos que formen y transformen a los estudiantes. Y en ese proceso, identifica la importancia de las redes sociales, los desafíos que presentan la educación cristiana en contextos intergeneracionales, y la necesidad de incorporar en la docencia eficaz las nuevas tecnologías. Para nuestra autora, el mundo cibernético llegó para quedarse y necesitamos descubrir sus virtudes e incorporarlo en nuestros ministerios.

El tema de la educación cristiana y la salud integral lo presenta hábilmente *Héctor Ortiz Vidal*. Ese importante ensayo es una manera adecuada de finalizar este libro, pues explora el tema de la importancia de la educación cristiana para incentivar la salud mental y espiritual de los creyentes. Se trata de un escrito con recomendaciones específicas, que provienen de un psicólogo clínico de mucha experiencia, que ha afirmado la necesidad de destacar la salud integral en los diversos niveles de los proyectos educativos en las denominaciones, desde los programas iniciales para la niñez hasta en los estudios avanzados de teología y ministerio.

Juan R. Ortiz Mejías explora el importante tema de la educación, la creatividad y la tecnología digital. En su

INTRODUCCIÓN

análisis, profundiza en la educación cristiana, sus retos y posibilidades. En especial, pondera los desafíos inmediatos que les presenta a las iglesias y a los creyentes el desarrollo avanzado de la tecnología. Esos nuevos componentes tecnológicos van a representar un papel protagónico en los proyectos educativos en los próximos años, pues las nuevas generaciones están acostumbradas al uso diario y continuo de los medios, que son determinantes e indispensables en sus dinámicas generales y educativas.

Al final del libro añadimos una bibliografía que no es extensa, pero oportuna. El objetivo es identificar libros que puedan servir de apoyo a quienes deseen analizar un poco más los temas que se exploran en *Educación cristiana transformadora*.

¿QUÉ ES LA VERDADERA EDUCACIÓN CRISTIANA? DOS TESIS PARA CONSIDERAR

(DR. JUSTO L. GONZÁLEZ)

La fe cristiana es una fe histórica. Sus fundamentos se encuentran en la historia del pueblo de Israel, y sobre todo en la historia de la encarnación de Dios en Jesucristo. Sin conocer esta historia no podemos llamarnos creyentes en Jesucristo. Al igual que cualquier educación secular, parte del propósito de la educación cristiana está en incorporarnos a una historia, a un pueblo y su historia. Por esa razón es que en la escuela estudiamos la historia de nuestros países, de nuestra literatura, de nuestro orden social. Y por eso también es que el estudio bíblico, tanto privado como en común, es importante. Nadie puede saber que Cristo es el Redentor sin que alguien se lo diga, sin que alguien le cuente la historia de Jesús.

FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS

Uno de los primeros libros que leí cuando empecé mis estudios teológicos hace bastante más de sesenta años fue *La libertad cristiana*, por Martín Lutero. Nunca he

olvidado ese pequeño libro que no tiene más de unas sesenta páginas. Parte de lo que me impactó fue que Lutero empieza el libro con dos tesis o afirmaciones al parecer contradictorias: Primera: «El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie». Y, la segunda: «El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos». Aunque estas dos tesis parezcan contradictorias, en realidad es que la una no tiene verdadero sentido sin la otra, sino que las dos tesis, en lugar de contradecirse, se explican y complementan entre sí.

Hoy se me pide que escriba unas líneas acerca de los fundamentos teológicos de la educación cristiana y, quizá con una osadía injustificada, me atrevo a imitar a Lutero proponiendo también que la educación cristiana se considere bajo el encabezado de dos tesis aparentemente contradictorias, pero que se complementan la una a la otra de tal modo que las dos juntas son verdaderas:

1. No todo lo que se llama «educación cristiana» es de veras educación cristiana.
2. Los creyentes tenemos que entender que cualquier educación verdadera, se llame cristiana o no, es cristiana.

PRIMERA TESIS

**«No todo lo que se llama “educación cristiana”
es de veras educación cristiana».**

Empecemos por aclarar que al hablar aquí de «educación cristiana» no me refiero de manera única, ni siquiera principal, a lo que tiene lugar en la escuela bíblica o escuela dominical. Me refiero a toda la amplia tarea

de educar al pueblo de Dios, de tal modo que podamos ser mejores discípulos, mejores testigos y mejores maestros. De seguro que esta tarea incluye la escuela bíblica dominical. Aun así, incluye también todas las otras actividades en la iglesia cuyo propósito es el crecimiento en la vida cristiana.

No creo que sea necesario abundar en eso. Sin embargo, permítaseme al menos señalar que el culto tiene una importante función educativa que olvidamos con demasiada frecuencia. Los historiadores de la doctrina y de la liturgia concuerdan en que, en el aprendizaje cristiano, la liturgia, el culto, va delante de la enseñanza doctrinal. Lo expresan con una frase sencilla, pero que jamás debemos olvidar: *lex orandi, lex credendi*, lo que hacemos en la oración y en el culto es lo que en fin de cuentas llegamos a creer. Lo triste es que en las últimas décadas muchos hemos olvidado la función educativa del culto mismo, y lo hemos reducido a la alabanza, con lo cual dejamos a un lado lo que a través de los siglos ha sido el propio fundamento de la educación cristiana.

Sin embargo, eso no es lo que me preocupa aquí. Lo que me preocupa va más allá de esa observación. Lo que me preocupa es con cuánta frecuencia se nos olvida que la educación cristiana no solo es información, sino también formación. Lo lamentable es que en muchas ocasiones se piensa que basta con que enseñemos mucha Biblia, que basta con que nuestros discípulos se aprendan pasajes enteros de memoria, y que ya con eso hemos cumplido nuestra función como educadores cristianos.

Sin duda, la información es importante. La fe cristiana es una fe histórica. Sus fundamentos se encuentran en la historia del pueblo de Israel, y sobre todo en la historia de la encarnación de Dios en Jesucristo. Sin

conocer esta historia no podemos llamarnos creyentes en Jesucristo. Al igual que cualquier educación secular, parte del propósito de la educación cristiana está en incorporarnos a una historia, a un pueblo y su historia. Por esa razón es que en la escuela estudiamos la historia de nuestros países, de nuestra literatura, de nuestro orden social. Y por eso también es que el estudio bíblico, tanto privado como en común, es importante. Nadie puede saber que Cristo es el Redentor sin que alguien se lo diga, sin que alguien le cuente la historia de Jesús.

Para ser patriota, no basta con saberse de memoria la historia del país; y para ser creyentes con madurez, no basta con saberse de memoria la Biblia. En uno de esos libros que muchos leímos en nuestra niñez, hay un episodio simpático, pero preocupante, en el que Tom Sawyer gana un premio en la escuela bíblica. Según nos cuenta Mark Twain, en la iglesia se daban certificados por aprenderse versículos bíblicos. Tom, con el propósito de impresionar a una niña, compra los certificados de otros niños, y reclama el premio. Entonces, cuando lo llevan al frente para mostrar sus conocimientos de Biblia, queda en ridículo, pues muestra que no sabe nada.

Reflexionando ahora sobre ese episodio, y dejando a un lado lo simpático, veo también una dimensión trágica. Esa iglesia parece haber pensado que su tarea educativa consistía en hacer que las nuevas generaciones aprendieran buena parte de la Biblia de memoria. A eso es que me refiero al hablar de una educación que se limita a la información y olvida la formación.

En toda educación, la información es absolutamente necesaria. No es posible declararse heredero de las promesas hechas a Abraham sin saber quién fue Abraham. No es posible declararse discípulo de Cristo sin saber algo acerca de la vida, obra y mensaje del Señor.

Entonces, hacemos bien en enseñar la Biblia y toda la historia del pueblo de Dios desde tiempos de Abraham hasta nuestros días. Nada de lo que digo a continuación debe entenderse en desmedro de la información.

De modo que no basta con esto. Para llamarnos de veras pueblo de Dios tenemos que ser formados como parte de ese pueblo. Una iglesia no es bíblica porque cite la Biblia constantemente ni porque sus miembros se sepan pasajes enteros de memoria. Una iglesia es bíblica de verdad cuando la Biblia, además de informarle, le da forma: que se hace realidad cuando el espíritu, los valores y el mensaje de la Biblia se ven en todas sus acciones y decisiones, incluso en su organización y en su presupuesto.

En consecuencia, un propósito fundamental de la educación que sea verdaderamente cristiana no solo debe informar acerca de la Biblia y de las doctrinas cristianas, sino también, y sobre todo, formar a este pueblo de Dios de tal manera que refleje y encarne el evangelio de Jesucristo. En pocas palabras, no basta con informar, también hay que formar.

En este punto es que fallaba la mítica iglesia de Tom Sawyer. Tenía todo un proceso para que su juventud aprendiera la Biblia. En cambio, ese proceso mismo no estaba diseñado para formar una juventud bíblica.

Digo todo esto por experiencia personal. Tendría yo unos diez u once años cuando en la escuela dominical teníamos «concursos bíblicos»; a veces hasta hablábamos de «combates bíblicos». La maestra mencionaba un versículo, y quien primero lo encontrara y leyera ganaba un punto. Si era un versículo que alguien conocía de memoria y podía citarlo sin abrir la Biblia, se ganaba cinco puntos en lugar de uno. Eso era muy divertido. Sin embargo, a menudo terminábamos peleando, pues no estaba claro quién encontró primero un versículo. Uno

de los niños que le gustaba abusar de los demás, porque era más grande y fuerte, se sentaba junto a uno de los mejores conocedores de la Biblia, y cuando la maestra no estaba mirando, ponía la mano sobre la Biblia del vecino para que no pudiera abrirla. Además, cuando pienso en esos días, recuerdo también que quienes teníamos Biblias con índices, y por tanto más caras, siempre ganábamos. Quienes no tenían Biblia y tenían que usar una que les prestaba la maestra, nunca ganaban.

Puesto que en Efesios 6:17 se afirma que la Palabra de Dios es «la espada del Espíritu», al terminar varios meses de competencia, el que ganó recibió una espada de madera con ese pasaje escrito. Cuando salíamos de la escuela dominical, el ganador, blandiendo la espada, ¡le dio un golpe en la cabeza a otro chico, y le sacó sangre! En resumen, esa clase me enseñó mucha Biblia, ¡pero no me hizo un ápice más bíblico! Si en algo contribuyó tal clase a mi formación fue en hacerme mejor partícipe de una sociedad fundamentada en la competencia y en el triunfo del más fuerte, del más egoísta y del más afortunado. En otras palabras, recibí mucha información, pero también mucha mala formación.

La Biblia bien usada nos forma como discípulos de Cristo y como pueblo de Dios. La Biblia mal usada, en cambio, puede citarla hasta Satanás para favorecer sus maléficos propósitos. (No olvidemos que en las tentaciones en el desierto el diablo cita la Biblia para tentar a Jesús).

Lo que todo esto quiere decir es que la verdadera educación cristiana no se mide únicamente por su contenido, sino también por su metodología, por los valores que en esa educación se practican y por los hábitos que se crean. Esos valores y esos hábitos, al tiempo que nos enseñen a apreciar la cultura y sociedad en que vivimos, tienen que enseñarnos lo que significa ser pueblo

de Dios en medio de esa cultura y sociedad. Ya que antes cité la Epístola a los Efesios, todo esto se resume diciendo que parte del propósito de la verdadera educación cristiana es que seamos «plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Efesios 3:18-19, RVR60).

Esto me lleva a otro elemento importantísimo en la formación bíblica que es necesario para que la educación sea verdaderamente cristiana. Por mucho que pueda sorprendernos, el tema central de la Biblia no es la fe personal de cada cual, sino la vida, historia y propósitos del pueblo de Dios. Por tanto, el propósito de la buena educación cristiana no solo es crear cristianos, sino crear pueblo. O, empleando la metáfora paulina, no crear miembros individuales, sino un cuerpo que «bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Efesios 4:16, RVR60).

De seguro que la educación cristiana debe ocuparse de cada creyente como tal. Es importante darle formación a cada creyente. Sin embargo, esa formación no es para que sean creyentes individuales, cada uno por su propia cuenta, sino para que todos juntos (por ejemplo, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres) seamos un solo cuerpo: un cuerpo que vive porque su Cabeza venció la muerte y nos unió a sí con los vínculos del Espíritu Santo.

Creo que con eso basta para dar algún indicio de lo que quiero decir con la primera tesis. Pasemos, por tanto, a la segunda.

SEGUNDA TESIS

«Los creyentes tenemos que entender que cualquier educación verdadera, se llame cristiana o no, es cristiana».

Si en la tesis anterior tratamos de distinguir la educación cristiana de cualquier otra educación, en esta buscamos ampliar nuestra visión del lugar de la fe en toda educación, se llame cristiana o no. Vivimos en tiempos en los que parece haber serios conflictos entre la fe bíblica y buena parte de lo que se enseña en las escuelas. No se trata únicamente de conflictos de valores como los que ya mencioné y que nunca se deben olvidar, sino también de aparentes conflictos de contenido. Por esa razón no es raro encontrar en nuestras iglesias algún creyente devoto que les diga a los jóvenes que no estudien, porque perderán la fe. Se les dice que la ciencia es contraria a la religión y que, por tanto, los estudios científicos son peligrosos para la fe.

Entonces, si es cierto, como dice Jesús en el Evangelio de Juan, que Él es la Verdad, esto implica que toda verdad que se pueda descubrir por cualquier medio es suya. Al principio de ese mismo Evangelio se nos dice que en Jesús se ha encarnado el Verbo de Dios, la Palabra misma de Dios, que sin esa Palabra «nada de lo que ha sido hecho fue hecho», y que ella es «la luz verdadera» que alumbr a toda persona que viene a este mundo (Juan 1:3, 9, RVR60). Nuestra visión de la educación cristiana y de la realidad toda debe formarse en torno a esta realidad de que la Verdad que es Jesucristo no es una verdad entre muchas, sino que es la VERDAD completa y única, y que de ella se deriva toda otra verdad. «Todo fue creado por medio de él y para

él. Y él es antes que todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten» (Colosenses 1:16-17, RVR60).

Desde tiempos antiquísimos, los cristianos siguieron en todo esto la afirmación de que no hay conocimiento verdadero alguno que no se relacione de alguna manera con el Cristo de nuestra fe. Entre esos cristianos se llegaba hasta a decir que los antiguos filósofos griegos, con todo y ser paganos, fueron «cristianos». Con esto no querían afirmar que fueran creyentes en Cristo, sino solo que cualquier cosa buena que hubieran sabido los sabrían gracias a este Cristo que es la luz que ilumina a toda persona que viene a este mundo. Digámoslo de manera más tajante: si dos y dos son cuatro, esto se debe a que así lo determinó el Verbo eterno de Dios, el Verbo que se encarnó en Jesucristo y que, por tanto, hasta esa verdad tan sencilla no la conoceríamos de no ser porque ese Verbo es la luz que ilumina a toda persona que viene a este mundo.

En la actualidad, estas enseñanzas quieren decir que, en la educación cristiana que tenemos que enseñar a nuestro pueblo, no debemos temerle a la verdad, sin importar de dónde venga ni quién la diga. Si algo es verdad, lo es en virtud de esa Verdad única que se encarnó en Jesucristo. Si vas a la universidad y aprendes algo que te sorprende, dale gracias al mismo Jesucristo a quien adoras en la iglesia.

En estos días el caso más típico y debatido tiene que ver con la cuestión de la creación y la evolución, de ahí que lo tome como ejemplo. La Biblia dice que Dios creó el mundo. Una de las dos historias en los primeros capítulos del Génesis dice que lo hizo en siete días. (La otra ni siquiera menciona los días). Ahora en la escuela te hablan de una evolución que tomó millones y millones de años. Si en la iglesia has recibido la debida educación

cristiana, deberás pensar que, si hay verdad en la teoría de la evolución, esa verdad viene del mismo Verbo de Dios que se encarnó en Jesucristo. Si en la iglesia has recibido la debida educación cristiana, también sabrás que la doctrina de la creación es un elemento fundamental de la fe cristiana. No obstante, aparte de eso, lo que habrás aprendido en la iglesia será también que la doctrina de la creación no es acerca de siete días ni de mil millones de años, sino que es más bien cuestión de la relación fundamental entre Dios y la creación, del modo en que debemos ver todo cuanto existe en derredor nuestro, y lo que esto nos dice acerca de Dios mismo.

Si en la iglesia has recibido una verdadera educación cristiana, sabrás que la Biblia no es un libro de ciencia. Sabrás que la Biblia entera les habló ante todo a las personas de su tiempo, en su lengua y con su entendimiento de la realidad. Sabrás, por ejemplo, que mientras en el libro de Josué se dice que el sol se detuvo, en realidad el sol no gira en torno a la tierra, sino más bien lo contrario. El propósito de la Biblia no es explicar cómo funcionan las cosas, sino mostrarnos cuál es el sentido de las cosas y cuál es nuestro lugar entre ellas.

También entenderás que la ciencia no es una religión. La verdadera ciencia se propone precisamente explicar el funcionamiento de las cosas, y no tiene derecho ni autoridad para decir cosa alguna acerca de su sentido o su valor. La ciencia explica el funcionamiento de las cosas mediante teorías que son verdaderas, por cuanto son el mejor modo de explicar algún fenómeno sobre la base de los datos que se tienen en un momento. La ciencia antigua pensaba que el sol y la luna giraban en torno a la tierra. Más tarde, en tiempos de Galileo y de Copérnico, la ciencia descubrió una teoría mejor, un modo mejor de explicar las realidades del día y de la noche.

La primera teoría no era falsa, pero era una teoría. Solo era una explicación sobre la base de los datos que se conocían entonces. Cuando primero fui a la escuela, el átomo era por definición la última y mínima partícula indivisible. Cuando salí de la escuela superior, ya el átomo se había dividido y la humanidad había usado ese conocimiento para terribles males y grandes bienes. La primera teoría que aprendí no era falsa, sino que solo era una explicación basada en los datos que se conocían entonces. La teoría que aprendí en la escuela superior hablaba de protones, neutrones y electrones. Hoy se han descubierto una multitud de partículas que no se conocían cuando yo terminé la escuela superior. Aquella teoría que estudié en la escuela superior no era falsa, sino que solo era la mejor explicación disponible que se basaba en los datos que se conocían entonces.

Esto nos señala a la vez la gloria y la debilidad de la ciencia. La ciencia descubre muchas de las maravillas de Dios que antes desconocíamos. Aun así, la ciencia, precisamente porque trata de explicar los fenómenos, siempre es teoría. Siempre busca una explicación mejor. El verdadero científico no solo conoce lo que dice la ciencia de sus tiempos, sino que también reconoce que es posible hurgar más y de ese modo encontrar una teoría mejor.

Volviendo al caso de la evolución, todo esto quiere decir que la teoría de la evolución no es falsa, sino que es la mejor explicación que tenemos con los datos que conocemos actualmente. Es de esperarse que algún día exista una teoría mejor. Esa es la gloria de la ciencia. Por otra parte, la debilidad es que la ciencia nunca puede decirnos el propósito de las cosas ni los valores de la vida.

Si el error que los creyentes comentemos con frecuencia es pensar que la Biblia es un libro de ciencia,

el error en que caen algunos científicos (o más bien pseudocientíficos) está en pensar que la ciencia puede producir verdades últimas. En el caso que estamos discutiendo, y de la evolución, la ciencia tiene todo el derecho y hasta la obligación de explicar en la mejor manera posible el modo en que surgen las especies. No obstante, la ciencia se equivoca cuando pasa de ahí a aseveraciones que en realidad no son científicas y que la ciencia nunca puede comprobar.

Volviendo entonces a nuestra segunda tesis, todo esto quiere decir que una buena y verdadera educación cristiana tiene que hacernos ver por una parte que en cierto sentido toda verdad es cristiana; y también que ninguna verdad que podamos descubrir por nuestros propios medios alcanzará jamás el valor universal e irrefutable de esa Verdad que un día, desde una zarza ardiente, declaró: «Yo soy el que soy», y siglos más tarde, viviendo entre nosotros en los campos de Galilea, declaró «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».

Para concluir, recordemos dos puntos, y tomémoslos como pauta en nuestra labor educativa: Primero: No todo lo que se llama «educación cristiana» es de veras educación cristiana. Segundo: Los creyentes tenemos que entender que cualquier educación verdadera, se llame cristiana o no, es cristiana; es don del mismo Verbo encarnado a quien adoramos en la iglesia.